

# Daniel Ruiz

# AMIGOS PARA SIEMPRE

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

DANIEL RUIZ  
AMIGOS PARA SIEMPRE

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: mayo de 2021

© Daniel Ruiz García, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-964-8  
Depósito legal: B. 5.207-2021  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Amigos para siempre

En la tarde ya vencida, el interior del Range Rover, iluminado por la luz del teléfono de Aurora, adquiere la consistencia de una pecera.

—Vaya.

—Qué pasa.

—Luciana. —Aurora observa la pantalla—. Que Lito se ha caído y se ha abierto el labio. Van para el hospital.

—Vaya por Dios.

Instantáneamente, Aurora recuerda el episodio más crítico con sus propios críos: el día en que Laura, la mayor, se tragó la media docena de valiums que ella guardaba en un pastillero en su mesilla de noche. Es inevitable no sentir un escalofrío: Jesús saltando de la cama, cacheteando el rostro pálido y semiinconsciente de la niña, dirigiéndose al garaje con Laurita entre los brazos, en pijama y pantuflas; las largas y angustiosas horas de espera en casa, el teléfono casi cosido a la mano, con los otros dos niños todavía despiertos bien entrada la noche, y la estúpida de Adela con el rostro compungido, pidiendo perdón cada diez minutos. La habría echado, la habría mandado de vuelta a su puñetero país si algo le hubiera ocurrido a Laura. El lavado de estómago la salvó, pero dejó allí, para los restos, un escalofrío, resguardado, siempre al acecho, como un ladrón o un asesino, como un lobo otean-

do amenazante a los corderos desde un risco, dispuesto a comparecer ante cualquier noticia desagradable o aciaga. Ahora lo tiene allí, ha vuelto a salir, a asomar la cabeza, el escalofrío.

—No me quiero acordar —dice Jesús, compartiendo casi telepáticamente su recuerdo. Les ocurre a menudo, son capaces de compartir, sin nombrarlas, las mismas preocupaciones, los mismos desvelos. Una sensación de habitar el mismo territorio, convecinos de un espacio restringido solo a ellos.

—Ese niño no está bien —sentencia Aurora, al tiempo que despliega el espejo en el quitasol del asiento del copiloto. Contempla morosamente las orillas de sus pestañas, buscando alguna mota insubordinada de rímel.

—No lo ha estado nunca —se adhiere Jesús—. No sabemos la suerte que tenemos. —Suspira.

Pues sí, piensa Aurora. Aunque con matices: realmente, no está dispuesta a admitir que todo sea fruto de la suerte. Ellos han trabajado duro para que Laura, Nicolás y Jesusito estén creciendo como lo hacen. Es cierto que en los últimos tiempos Laura está sacando los pies del tiesto. Contestona, malhumorada y muy rebelde. Todo tiene que ver con lo mismo, el puñetero móvil, al que Aurora se opuso firmemente como propuesta de regalo de cumpleaños. Pero su marido siempre ha sido un blando, Laurita sabía cómo trabajárselo. A fin de cuentas era su hija, en algunos aspectos se parecía mucho a ella.

—¿Y qué pasa con Noelia y el Rubio? —pregunta Jesús—. ¿Para cuándo?

—Ahí lo tienes. —Aurora repliega el quitasol; su tono es de reproche—. Claro ejemplo de que la juventud no lo puede todo.

El silencio se instala por momentos en la cabina. El sonido del coche avanzando sugiere los rumores de una playa

nocturna. Han salido de la autovía y ya han tomado la carretera secundaria que conduce a la urbanización de Pedro y Belén. En diez, veinte minutos, estarán allí.

No es culpabilidad. Tampoco envidia. Quizá, más que eso, al fin y al cabo, un poco de condescendencia. Es inútil no ser sincero con uno mismo. Jesús, por supuesto, se habría follado a Noelia de mil formas y maneras. Pero no, para nada, siendo pareja del Rubio. Siempre lo tuvo muy claro en el tiempo en que trabajó como secretaria del bufete. Y la defendió hasta que pudo. Prefiere creer que el Rubio lo entendió. Prefiere pensar que Noelia lo entendió. Desde hace seis meses, ella trabaja en un *call center*. No es gran cosa, pero si no hubiera sido por él seguiría en la cola del paro. La Chacha, como la llama despectivamente Aurora. Comparte el secreto del mote con Belén, otra hija de la gran puta de marca mayor. Qué cerdas pueden llegar a resultar las mujeres con sus confianzas cuando se trata de despellejar a otra mujer. Con mucho gusto se habría follado a la Chacha cuando estuvo en la recepción del bufete, volvía locos a todos los socios, menos, claro, a la Sargenta. Pero era la pareja del Rubio, realmente hubiera perdido en la comparación. El Rubio siempre fue el gran semental del grupo. Y qué ironía: a pesar de su leyenda, era incapaz de dejar embarazada a su joven e irresistible novia.

Aurora llama a Belén. Lo hace a través del manos libres del Range Rover. El tono de llamada es vigoroso, como un látigo que resquebraja el amodorramiento submarino de la cabina.

—¡Hola, cari! —dice, casi grita Aurora—. ¿Cómo está lo más bonito de la tierra?

—¡Cariño! —La correspondencia de Belén también es exultante—. ¿Cuándo venís?

—Vamos de camino, corazón. ¿Has leído lo de Lito?

—Ay, sí. —Belén suspira—. Espero que no sea nada.

—¿Dónde está mi capitán? —se entromete Jesús.

—Aquí lo tengo, Lorite. —Todos sus amigos lo llaman por su apellido—. Insoportable. Caridad está a punto de tirarse por la ventana. No le deja hacer nada, se mete en todos los platos. Lleva toda la tarde del salón a la cocina. De repente le ha dado por postularse para una Estrella Michelin.

—Déjalo, Belén. Que se lo trabaje. Son cincuenta años.

—Esta noche parece que tiene veinte. Es raro verlo así, porque normalmente aparenta más bien sesenta. Yo no respondo por lo que comáis hoy. ¿Tardáis?

—Poco —dice Aurora—. ¿Te ha confirmado Sebas?

—Vendrá, o al menos se pasará. Ya sabes, siempre tiene plan. Gonzalo y Pedro también andan por aquí. Están haciendo tiempo para saludaros antes de irse. —De repente baja la voz; habla susurrante—: Pedrito se nos ha echado novia.

Aurora y Jesús gritan, se carcajean.

—¡Abuelita Belén! —Lorite deforma la voz, imitando la de una anciana.

—Vete a la mierda.

—¿Te la ha presentado? —pregunta animadamente Aurora.

—El otro día, por casualidad. Salí a andar y los pillé en la entrada de casa. Estaban muy cariñosos.

—Muy calientes —matiza Lorite—. Es lo que toca, Belén. Son diecisiete.

—Dieciséis —corrige Belén—. Dieciocho tiene Gonzalo.

—Ten cuidado —advierde Aurora. Bajo el tono bromista de la admonición se advierde cierta gravedad—. Hay mucha loba y Pedrito es un partido.

—¡Venid ya! —dice finalmente Belén, despidiéndose.

Al colgar, Aurora recuerda el verdadero motivo de la llamada.

—Al final no se lo he preguntado. Que si llevábamos hielo.  
—Seguro que tienen de sobra. Es Pedro, Aurora. Además, ya estamos cerca.

Cinco kilómetros y trescientos cincuenta metros, concretamente. Son los que marca el mapa del GPS en la pantalla.

—Pedrito con novia. Nuestro Pedrito. Cómo pasa el tiempo.

—Verdad.

Se conocen. Son casi treinta años juntos. Y ha habido intermitencias, desconexiones temporales, engaños, fluctuaciones en la intensidad de su relación, periodos de absoluta apatía, destierros en el salón o incluso en el apartamento de alquiler, migraciones —recurrentes, las de él— a otros cuerpos jóvenes y desconocidos, pero la señal siempre ha estado ahí, manteniéndolos conectados, con empecinamiento, hasta conformar algo parecido a un único cuerpo, una masa de sensibilidades y experiencias comunes, un enorme átomo de células indivisibles configurado no solo por hábitos y opiniones compartidas, sino también por conexiones mentales, intuiciones gemelas, compenetración. Esa que hace que los dos estén pensando en lo mismo, en el hermano mayor de Pedrito, en el primogénito de Pedro Ortuño y Belén, en Gonzalo. El sensible Gonzalo, el lánguido Gonzalo, el amanerado Gonzalo. E incluso llegan a más: los dos, sin hablarlo, piensan en la barbacoa del pasado verano en el chalet de Pedro y Belén, y en la forma de caminar de Gonzalo alrededor de la piscina, con sus andares gráciles, incongruentes con sus formas viriles, a los que solo les faltaban los tacones.

Ha sido solo un instante. Jesús ha tomado un cigarrillo del bolsillo interior de su chaqueta. Aurora le ha reprochado que no sea capaz de esperar los cinco minutos que quedan para llegar, pero Lorite ha hecho caso omiso. Ha encendido el cigarro y antes de darle la primera calada ha accionado con

su mano izquierda el botón para bajar la ventanilla. Solo un instante, una mera milésima de segundo de falta de atención sobre la carretera. Lo suficiente para que algo oscuro se les haya atravesado, sin llegar a completar la transición de arcén a arcén. En lugar de eso ha habido un golpe, un impacto seco, con una réplica inmediata sobre el ángulo superior derecho de la luna, la zona más cercana a Aurora, quien ha gritado al tiempo que Lorite frenaba, sumando el alarido del frenazo al berrido de su mujer. Enseguida toda la zona derecha de la luna se ha transformado en una telaraña.

—¡Joder! Qué ha sido eso. —Lorite tiene el cigarro intacto en su mano derecha. Humea.

—¡Puto tabaco, coño! —grita Aurora.

Desde el espejo retrovisor, a unos diez metros, un bulto, apenas barnizado por los faros traseros del Range Rover, descansa sobre la carretera. Lorite guiña los ojos a través de sus gafas, lo hace siempre que pretende afilar la vista. Intenta comprobar si se mueve, si respira.